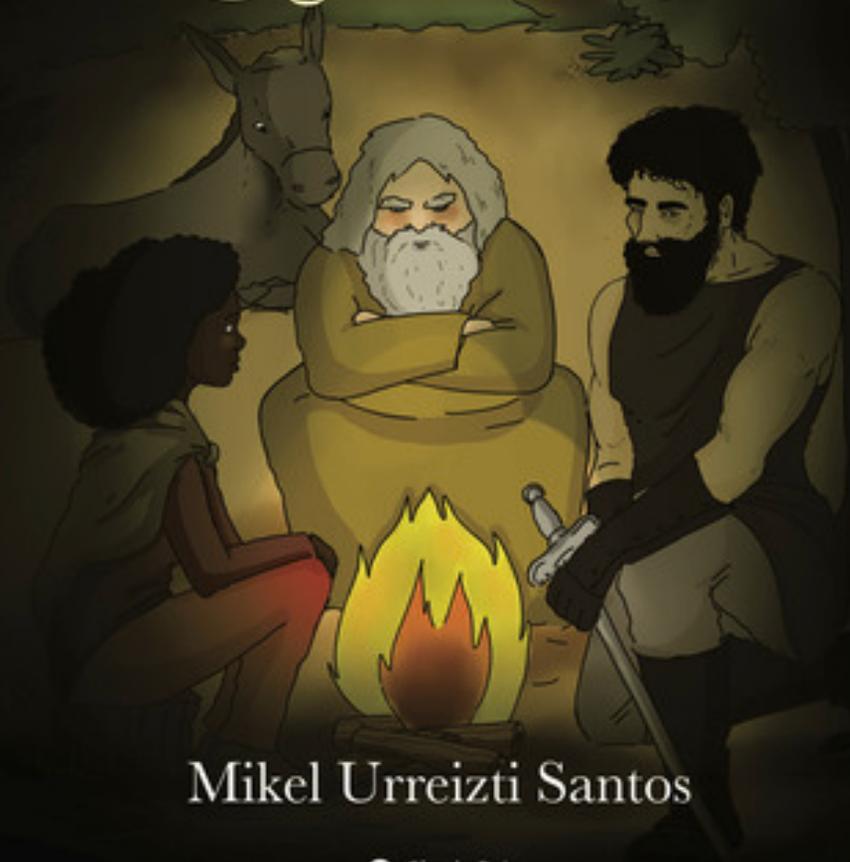


Mundo OSCURO

El colgante de Rubá



Mikel Urreizti Santos

Primera edición: diciembre 2020

ISBN: 978-84-1385-283-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Mikel Urreizti Santos

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño e ilustración: ILUSTRABEATRIZ

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

www.mikelurreiztiescritor.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.



Orivalya

Pantano Siahora

Bal

Tigeross

Montañas Cvartian

Llanuras de Crisennya

Bosque de Ensueño

Bosque Mortvalla

Belled

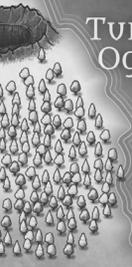
Orykas

Euriko

Roam

Reino Ukala

Tundra de
Ogorhall



Bosque
Ylam



Septrisia



Montañas
Finalia



Reignvs
Magnifica



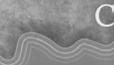
Bosque
Real



ere



Costa de Plata



LIBRO I

EL COLGANTE DE RUBÍ

I

El viejo y el burro

Acababa de empezar la temporada de lluvias. Como todos los años, era un suceso impredecible, algo que llegaba de un día para otro sin ningún aviso previo. Había años en los que se adelantaba dos meses, otros años se retrasaba hasta cuatro. En esta ocasión, habían pasado seis meses exactos desde que llegara la temporada de sequía cuando cayó la primera gota.

El primer chaparrón pilló al chamán anciano en medio de un bosque. Se encontraba en las tierras de Aruska, la comarca al sur de Ukala, con la única compañía de su fiel burro Pietros. Las tormentas en temporada de lluvias duraban largas horas o incluso días, y el anciano prefería evitar mojarse, de modo que buscó refugio bajo un enorme árbol. Extrajo un pequeño manto del zurrón de piel que colgaba de su hombro, apenas un poco más grande que una capa de viaje convencional. Lo extendió sobre la hierba con cuidado. Después buscó dentro del zurrón hasta que encontró un pequeño frasco de cristal. El frasco contenía muy poca cantidad de un material similar al polvo blanco.

—No es mucho, pero servirá durante un par de días —comentó el chamán, con marcado cansancio en su voz anciana.

Descorchó el frasco y arrojó el contenido del envase sobre la palma de su mano izquierda. La tocó con suavidad con el dedo índice de la mano derecha. Murmuró algo en voz baja. El polvo

cambió sutilmente a un color azulado. Después, el chamán arrojó dichos polvos sobre la capa, extendiéndolos con sumo cuidado.

A su lado, el burro que lo acompañaba rebusnó.

—Oh, venga, sabes que no tengo suficiente para ti —protestó el chamán. No obstante, utilizó el poquito polvo que le quedaba para rociar la cabeza del animal—. Al menos mantendrás las orejas secas. ¡De nada!

Tras cubrirse con el pequeño manto, que ahora brillaba con un halo azulado, continuaron su recorrido por el bosque sin ninguna prisa. Ahora, la lluvia rebotaba poco antes de alcanzar el manto. Y también poco antes de tocar la cabeza del burro.

El anciano chamán silbaba alegremente mientras avanzaban por el sendero, rodeado por altos árboles de madera oscura, y por una penetrante maleza llena de plantas venenosas. El ruido de la lluvia al chocar contra las hojas de los imponentes árboles inundaba todo el páramo. Había grandes setas moradas por doquier, que al contacto con la lluvia se cerraban adquiriendo forma de capullo. También había árboles Muerte, cuyas mortíferas lianas podían matar al simple contacto, colgaban desde las ramas y bailaban al vaivén de la tormenta, sometidas por la tempestad. Aquel conjunto de flora componía el espeso bosque conocido como Mortualla, sin lugar a dudas uno de los lugares más peligrosos en todo el reino Ukala.

Tras caminar largo y tendido, llegaron hasta un claro donde la luz conseguía atravesar la maleza e iluminaba un poco mejor sus caminos. Allí, un riachuelo descendía entre los árboles. Era poco más que un hilo de agua dulce y oscura. Con todo su pelaje empapado por la densa lluvia, pero las orejas muy secas, el burro se detuvo junto al riachuelo, agachó la cabeza y olisqueó sonoramente el agua. Sus aletas nasales se dilataban mientras inspiraba con fuerza, claramente desconfiando de aquella agua.

—Yo que tú no lo haría, Pietros —le recomendó el chamán, quien introdujo el extremo de su fino bastón de madera en el

agua, y después lo levantó hasta acercarlo a sus ojos. Eran ojos azules, en antaño brillantes y ahora apagados debido a la vejez, pero seguían igual de sabios—, esta agua lleva consigo la muerte. ¿Sabes por qué este bosque se llama así? Porque nada que sea más grande que una cucaracha puede habitar en él. ¿O es que no te has fijado en lo callados que están los pájaros desde hace un rato?

El burro rebuznó, como símbolo de protesta. El pobre tenía sed.

—Mortualla significa «muerte» en la lengua de los antiguos Elleden. El agua está envenenada debido a la acumulación de ciertos minerales en los montes donde nace. Allá tú, pero si bebes, podrías no contarle nunca. Me fastidiaría tener que cargar con el equipaje por mí mismo.

Pietros emitió un sonoro quejido y saltó el riachuelo, ignorando el agua. Era como si hubiera entendido a su dueño a la perfección. Siguió trotando dejando atrás el agua, mientras varias bolsas de piel y cuero colgaban por sus costados. El chamán hizo acopio de todas sus fuerzas para conseguir cruzar el riachuelo sin tener que tocar demasiado el agua, y persiguió por detrás a su obediente corcel.

Poco después de aquello, los árboles empezaron a estar más esparcidos, con más separación entre sí. El sol comenzó a vislumbrarse a través de la espesura de las hojas de color verde oscuro y el aire empezó a ser más fresco. Habían pasado horas desde el comienzo de la tormenta, y al fin empezaba a amainar. Generalmente las primeras tormentas de la temporada solían ser más cortas. Aun así, el cielo mostraba un día gris y oscuro, tan habitual como de costumbre en aquella época. En la hierba del suelo empezó a vislumbrarse el camino de una carretera de tierra, componiendo un sendero mucho más fácil de recorrer. En apenas media hora, dejaron por fin atrás todo lo relacionado con el Bosque Mortualla, para encontrarse de nuevo con el archiconocido

paraje del sur del reino. Un enorme valle rodeado de colinas, altas montañas y frondosos bosques en la lejanía.

Caminaron juntos hasta encontrarse con un cartel en el camino, que les ayudó a reubicarse y encontrar la carretera correcta para alcanzar su destino. Mientras el chamán leía con cuidado el cartel, vislumbró a la primera persona que había visto en la última semana.

Se trataba de un granjero que iba sentado sobre una mula renqueante. No era que la mula tuviera problema alguno, lo más probable era que cojeara por el sobrepeso de su señor. Sobre los costados de la mula colgaban dos bolsas, ambas de una tela de mala calidad, llenas de productos recién cosechados en alguna granja cercana. El chamán llevaba casi tres días alimentándose de lo que conseguía recolectar en aquel siniestro bosque, lo cual no era demasiado una vez descartadas todas las frutas que lo matarían al instante. Por lo tanto, sintió que la boca se le hacía agua al observar a aquel granjero de tan saludable aspecto.

—Buenas tardes, buen hombre —lo saludó, acercándose a él.

—Buenos días más bien, anciano, ha amanecido hace poco —respondió el granjero, con un fuerte acento de campo.

—Disculpádmeme, he perdido la noción del tiempo en el bosque —se disculpó el chamán con un ademán de la cabeza.

El granjero arqueó las cejas y miró a espaldas del chamán. En la distancia comprobó los altos árboles que componían el acceso al espeso bosque, para el cual los aldeanos de la comarca tenían un nombre alternativo.

—¿Venís del bosque de la muerte?

—Solo si os referís al Bosque Mortualla.

—¿Lo habéis cruzado solo? ¿En compañía de ese asno? —La sorpresa hizo que el acento de campo del granjero sonase aún más basto.

—Así es.

El granjero parecía confuso.

—Jamás había conocido a nadie que se atreviera a cruzar por sí solo el bosque. —Se rascó la enorme barriga, pensativo—. Bueno, cuando yo era un zagal había un tipo que intentó colarse por sí solo, pero no lo volvimos a ver. No recuerdo su nombre, pero recuerdo la cara de estúpido que tenía.

—Veréis, buen hombre, tengo mucha hambre... —El chamán señaló una de las bolsas que colgaba de la mula—. Me preguntaba cuánto me cobraríais por una pieza de fruta.

—¿Una sola? ¿Será suficiente con eso? —El granjero se rascó su enorme barrigón mientras mostraba una expresión de sorpresa—. Puedo venderos cinco manzanas por dos piezas de cobre.

Era un buen precio, pero el chamán continuó con el plan que había maquinado, sin ningún tipo de remordimientos.

—No os preocupéis, no como demasiado, ya sabéis, la edad... Con una sola manzana bastará. Así aguantaré hasta mi siguiente parada.

—Está bien. Si solo vais a querer una pieza de fruta, os la podéis quedar gratis, no pienso ser tan miserable de cobrarle solo por eso a un anciano que ha salido del bosque de la muerte.

—¡Oh, sois de lo más generoso! —el chamán sonó verdaderamente complacido—. ¡Que los protectores de la luz os protejan en vuestros viajes!

El granjero hizo ademán de bajarse, pero era fácil entrever que le costaría mucho esfuerzo. Y tras un fallido intento de cruzar una pierna al otro lado de la mula para apearse, debió pensar que no le merecía la pena el esfuerzo para un trueque en el que no había dinero en juego.

—Ea, ea, coged la fruta vos. La bolsa de este lado está más fresca. Que no os dé vergüenza.

El chamán se arrimó y metió la mano en la bolsa. Extrajo una manzana de aspecto putrefacto de ella.

—Pues no parece tan fresca...

Ciertamente, el aspecto de la manzana dejaba mucho que desear. La piel se había vuelto oscura, casi negruzca, y se había marchito como si llevara años a la intemperie.

—¿¡Qué!?! ¿No puede ser! ¿Pero si acabo de recolectarlas con mis propias manos! —El granjero hizo otro intento de apearse, pero debido a su sobrepeso no era capaz de pasar la pierna por encima de la mula. Seguramente le había llevado su buen rato conseguir montarse—. Bueno bueno, pues coja otra.

El chamán dejó caer en el suelo la manzana podrida. Extrajo otra, con un aspecto similar a la anterior. Observó al granjero, el cual se mostraba cada vez más sorprendido, y se encogió de hombros. También la dejó caer en el suelo y buscó otra. El granjero maldijo por lo bajini.

Pietros rebufó y golpeó el suelo con una firme patada. El granjero lo miró de reojo.

—Buen semental tenéis ahí. ¿Qué le sucede?

—Le gustan las manzanas, estará nervioso —mintió el chamán. Sabía perfectamente que Pietros le estaba recriminando el engañar a aquel pobre granjero.

Extrajo una nueva manzana, también podrida. La volvió a arrojar al suelo.

—Eso es por la lluvia de anoche —maldijo el granjero—. El otro día las nubes venían del bosque de la muerte ¿A saber lo que había en ellas! ¿Tendría que deshacerme de toda la cosecha!

Tras varios intentos, el chamán consiguió por fin encontrar una manzana de aspecto jugoso.

—Oh sí, esta sí que tiene buena pinta. ¿En serio no queréis cobrarme nada por ella?

La manzana se veía sana, con un color muy apetecible. El granjero lo observó con tristeza. Al saber que parte de su cosecha se había echado a perder, le daba más pena regalar una de sus pocas manzanas buenas. Pero ya se la había prometido a aquel pobre anciano y no iba a retirar su ofrecimiento ahora.

—Nada nada, quédese la. Y disculpad el bochorno, os prometo que mi producto siempre está fresco. Alguna vez se cuela algo podrido, pero... nunca de esta manera.

—No os preocupéis. Os agradezco vuestra enorme generosidad.

El chamán hizo una ligera reverencia.

—Si me visitáis en el mercado del pueblo, os venderé gustoso el resto de la bolsa —explicó el granjero.

—Solo estoy de paso, pero gracias por el ofrecimiento.

—¡Ea, ea! —Azuzó a la mula con una vara fina y alargada—. Vamos para allá, Abaskali, o no llegaremos antes de primavera, so perezosa.

El granjero y la mula retomaron el camino. Igual de campanetes, aunque con la bolsa más vacía. El chamán los observó alejarse, la pobre mula renqueaba bajo el peso de su obeso dueño.

Una vez el granjero estuvo lo suficientemente lejos, el chamán recogió las cinco manzanas podridas que había dejado caer en el suelo. Una a una las tocó con un extraño gesto de las manos, y al hacerlo recuperaron de nuevo su lozanía, mostrándose jugosas y apetecibles. Sumadas a la manzana que el granjero le había regalado, se había hecho con seis piezas en total.

Pietros golpeó el suelo, enfurecido.

—No es robar, ¿vale? Ese hombre tiene una granja entera para él, puede conseguir tantas manzanas como quiera, y yo en cambio me muero de hambre.

Caminaron juntos hasta encontrar un riachuelo con buen aspecto. Allí, el chamán se arrodilló y sacó las seis manzanas para después lavarlas con el agua dulce y quitarles cualquier resto de polvo mágico. Al agacharse, un colgante se escapó de su camisa y colgó sobre el agua. La cadena era de plata, y la joya rojiza que se encontraba ensartada en su final brillaba con intensidad. Tras recogerse el colgante bajo la camisa con un gesto rápido, siguió lavando las manzanas hasta que cualquier resto de magia desapareció de ellas. Ya estaban listas para comer.

—Es tan sencillo engañar a los pueblerinos si llevas polvo de gnomie encima...

El chamán tomó asiento soltando un sonoro quejido, estaba muy cansado de tantas horas de caminata por el bosque. Empezó a comerse la primera de las manzanas, mientras Pietros le robaba una de ellas.

—¡Oye! ¡Sé que también tienes hambre, pero tú puedes alimentarte de la hierba sana que crece junto al río!

No obstante, conocía el temperamento de su burro y supo que discutir no serviría de nada. Al final dividió las manzanas en dos grupos y regaló la mitad a Pietros.

Con el estómago algo más lleno, el chamán reanudó su marcha hacia una pequeña aldea llamada Orykas. En ella esperaba encontrar algo que llevaba buscando desde hacía semanas, algo que le había obligado a recorrer el sinuoso sendero del Bosque Mortualla de manera precipitada, sin apenas tiempo para prepararse. De no haber sido por la cantidad de pociones e ingredientes mágicos que siempre portaba en su zurrón, no lo habría contado.

La aldea les obsequió con su presencia tras una colina. Allí estaba, a lo lejos, en medio de un valle desolado, cubierto de una vegetación oscura y moribunda. Era un día feo, con un cielo gris y un sol que solo se dejaba ver a ratos. Las lluvias reanudarían en cualquier momento, y el chamán aceleró a toda prisa colina abajo, con intención de llegar antes de que aquello pasara.

Las pequeñas casitas crecían a ambos lados del camino pedregoso. El chamán contó hasta un total de veinte. Entre ellas, destacaba un edificio especialmente alto que debía ser el almacén del pueblo. Era común que, en aquellas aldeas de la periferia del reino, la gente viviese de labrar la tierra. Como buenos agricultores, debían recolectar todo lo posible antes de la llegada del frío, y los grandes almacenes servían para guardar los suministros que

alimentarían al pueblo hasta que terminara la temporada de lluvias, en la cual resultaba imposible plantar prácticamente nada, pues todo se moría debido a las tempestades.

Junto al almacén se encontraba la taberna, un edificio más bajo y alargado. Aun así, tenía dos plantas, posiblemente la superior tenía varias habitaciones para huéspedes. El chamán decidió entrar sin perder un ápice de tiempo.

—Espérame fuera, he visto unos setos muy apetecibles cerca de aquí junto al pozo —pidió a Pietros antes de entrar en la taberna. Justo entonces, un rayo cruzó el cielo de lado a lado, y pocos segundos después un gigantesco trueno lo invadió todo—. Bueno, quizá te mojes un poco.

El burro lanzó una coz de enfado contra el suelo antes de dirigirse hacia los setos. El chamán ni siquiera se molestó en atarlo, sabía que no se escaparía.

El ambiente en el interior de la taberna era apagado y triste, aún era mediodía y seguramente los pueblerinos aún no estaban lo suficientemente borrachos como para montar ruido. El anciano chamán caminó hasta la barra y tomó asiento en un taburete. Se quitó la capucha que había llevado consigo durante el viaje, dejando caer una alargada melena sobre los hombros, de un color grisáceo, a juego con su larga barba. El tabernero alzó una ceja y lo observó. Escudriñó los tristes y apagados ojos azules del chamán, en busca de una señal. ¿Era alguien amistoso? ¿O un cliente que traería problemas?

Debido a su avanzada edad, no lo consideró peligroso.

—No sois de por aquí —dijo amigablemente.

—Tenéis buen ojo, buen hombre —respondió el chamán, adoptando un tono de voz dulce y apaciguado—. Me llamo Melchor y soy de la capital. Voy de camino a la costa para visitar a mis nietos, y he decidido parar aquí por un descanso, ya que el vino de vuestra aldea tiene muy buena fama.

El tabernero bufó.

—¿El vino de por aquí? Sabe a vinagre. Pero si tanto lo deseáis, os serviré un vaso.

—Traedme la botella entera, por favor, puedo pagaros.

—Está bien...

El tabernero se dirigió a la bodega que había tras una puerta. Supuso que sería un viejo borrachuzo más, dedicado a la bebida como principal recurso de placer, ahora que su vida alcanzaba el crepúsculo de su existencia. El chamán sacó rápidamente tres piedras que se había guardado rato antes en el bolsillo, comprobó que el tabernero estaba ocupado en la bodega y los colocó en la barra, uno tras otro. Extrajo de su zurrón una bolsita de color rojo y miró en su interior.

«He gastado demasiado polvo de gnorie con el granjero de antes, no me queda demasiado, solo podré usarlo en dos», pensó.

Se guardó una de las piedras de nuevo en el bolsillo.

El polvo de gnorie era uno de los elementos más básicos para cualquier chamán. Servía para crear una ilusión temporal sobre cualquier tipo de objeto. El poder de la transformación y la duración de la ilusión dependería exclusivamente de la cantidad de polvos usada, y también del poder mágico de quien lo encantara. El chamán llevaba muchos años con aquellas artes y fue capaz de convertir aquellas dos piedras sencillas en sendas monedas de plata con apenas un gesto de la mano, y un poquito de polvo. No duraría muchos minutos, pero con suerte duraría lo suficiente hasta que el tabernero se las guardara en un cajón bajo la barra.

El posadero regresó con una polvorienta botella, cuya etiqueta había perdido tanto el nombre como el color.

—Esta es de las buenas, creedme. No quisiera ocasionar la muerte de un anciano ofreciéndole vino de mala calidad...

—Ah, qué agradable es todo el mundo por aquí. —Sonrió el chamán—. Pues muchas gracias. ¿Serán dos monedas de plata suficientes?

El tabernero debía llevar semanas enteras sin ver plata. Sus ojos se iluminaron al instante.

—Sí, creo que serán suficientes. También os puedo ofrecer un plato caliente si queréis, ya que le sobra algo de cambio. Hoy tenemos sopa de cebolla y setas.

«Probablemente esté intragable», pensó el chamán.

—Suena apetecible, ponédme un plato y quedamos en paz.

—Marchando un plato de sopa para el señor Melchor, sentaos en una mesa, lo tendré caliente enseguida.

El humor del tabernero había cambiado. Dos monedas de plata era lo que podía obtener en dos semanas atendiendo a los pueblerinos, y en aquella ocasión solo le costaría una comida y una botella. El chamán casi se sintió mal por haberle estafado, pero eran gajes del oficio.

Mientras el tabernero entraba en la cocina, el chamán tomó asiento en una mesa de madera que hacía esquina en la taberna. La superficie de la tabla estaba sucia y pegajosa, así que tomó nota mental de no apoyar su zurrón ahí.

«Ahora solo toca esperar».

Pasaron las horas. Con el estómago lleno por el plato de sopa que no estaba tan mal como había pensado, el anciano pudo echarse una cabezadita apoyando la espalda contra la pared de la taberna. Usó la capucha gris de su capa para cubrirse medio rostro y disimular el sueñecito. Llevaba el zurrón entre las piernas, pues no quería que se lo robaran. La botella de vino estaba a su lado y bajaba poco a poco, aquello le permitiría poder quedarse tantas horas como quisiera en la taberna, sin que lo echaran.

Ya era cerca del anochecer cuando la botella de vino llegó a su final. No obstante, el habérselo bebido de manera tan gradual, le permitió al chamán mantenerse sobrio. Necesitaba estar lúcido para su próximo negocio.

La taberna se había ido llenando poco a poco. Algún borracho cotilla se había acercado a él con intención de hablar, pero el chamán había terminado la conversación con experto disimulo, y no llegaban a tomar asiento. Además, al haber seleccionado una mesa pequeña y sin taburetes adicionales, se había asegurado de que nadie indeseable le hiciera compañía durante demasiado tiempo. Aun así, las conversaciones de pasada que establecieron con él le permitieron ponerse al día con las noticias del reino, después de llevar días incomunicado en la espesura del Bosque Mortualla.

Y estaba claro cuál era la noticia más importante de todas.

—Han asesinado a la reina Clodette y al príncipe Augustus —le había contado uno de los borrachos que se había acercado a él, aún temprano por la tarde—. Viajaban al suroeste, en una comitiva secreta, dicen que es obra de bandidos que ni siquiera sabían a quién atacaban hasta que vieron los cadáveres. El rey está devastado, el príncipe era su único heredero...

—¿Hace cuánto de eso? —había preguntado él con curiosidad.

—Teniendo en cuenta la velocidad a la que llegan las noticias a Orykas... unas tres noches.

Más tarde, una prostituta, que debía estar de paso, había intentado camelárselo. Era evidente que la mujer había lanzado un encantamiento magnificador sobre sus pechos, posiblemente comprado a algún mago de poca monta, con intención de darles un volumen irracionalmente grande. Se interesó en él, comprendiendo rápidamente que aquel anciano debía llevar dinero encima, pues había adquirido una botella entera, y no precisamente de un vino malo.

—Hola, guapo —dijo cuando se sentó a su lado—. Si me invitas a una copa, te cuento una cosa que me pasó hace un par de semanas en Euriko.

—¿Un cliente te robó? —bromeó el chamán.

—Un pobre desgraciado fue asaltado en su propia casa mientras lo hacíamos en la cama, ¿Te lo puedes creer? Del susto que se llevó al ver a la ladrona, murió de un infarto.